



POESÍA

SIN IR MÁS LEJOS



ALICIA MÁRQUEZ

VII Certamen de Cuento y Poesía
Premio Edición Poesía 2014



Márquez, Alicia

Sin ir más lejos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas
Circulares, 2015.

64 p. ; 20x14 cm. - (Torre de Babel / Patricia Bence Castilla)

ISBN 978-987-3613-45-6

1. Poesía Argentina.

CDD A861

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723
JULIO 2015

Diseño de tapa: Florencia Biondo

Imagen de tapa: Carlos Panichelli, Título, *Sin ir más lejos*.

Contacto con la autora: amarquez.alicia@gmail.com

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

VII CERTAMEN DE CUENTO Y POESÍA

PREMIO EDICIÓN POESÍA 2014

SIN IR MÁS LEJOS

ALICIA MÁRQUEZ

JURADO

PRESIDENTE:

LILIANA DÍAZ MINDURRY
(ESCRITORA)

MIEMBROS:

PATRICIA BENCE CASTILLA
(ESCRITORA/EDITORIA)

MARÍA LYDA CANOSO
(PREMIO ÚNICO POESÍA 2013)

LAURA CARNOVALE
(ÚNICA MENCIÓN DE HONOR POESÍA 2013)

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

ediciones ruinas circulares

ALICIA MÁRQUEZ

SIN IR MÁS LEJOS

(P O E S Í A)

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

ediciones ruinas circulares

DE HACE MUCHO

La abuela Carmen

El barco, una ballena solitaria, avanza.
Ella toca su faltriquera una y otra vez.
Sólo quiere comprobar que el dinero sigue ahí.
Preso de su cintura.
Se escapa de Galicia.
Se escapa de Madrid.
Se escapa del hambre.
Se escapa de los fantasmas.
Se escapa, con su marido húngaro,
parco, culto y dulce,
de las humillaciones y persecuciones.
Ese marido quiere enseñarle a leer.
Carmen se niega: no lo necesita
mientras sepa sumar y restar.
Con eso basta.
El húngaro Santiago Potisk guarda detrás de los ojos
alguna historia terrible que decide no revelar.
Carmen tampoco pregunta. Hay cosas que mejor no saber.
Y la ballena sigue hundiendo su nariz
en el mar suspendido.
Carmen toca la faltriquera.
Mira a sus hijas.
Mira a los pasajeros de primera clase.
Y decide que sus hijas van a tener un futuro.
Carmen sólo aprieta los dientes
y no mira atrás.
Es dura, seca, brava.
No sabe que en Buenos Aires
la esperan más humillaciones, estafas
y muertes jóvenes.
Y más dientes apretados.

Los ojos de Carmen están húmedos de esperanza
mientras mira a esa ciudad
que la va a traicionar una y otra vez.
Al final, en su locura
se atrevió a bailar arriba de una mesa.
En su locura
puteó a la vida.
Antes, nunca.
En su locura, nombró a sus hermanas de allá, de Lugo,
todas las noches, como un rezo desesperado.
Antes, nunca.
Y seguía tocando la faltriquera
que ahora tenía uñas de gato secas,
un pañuelo bordado con sus iniciales
y una ramita de olivo.

Se llamaba Benigno

Salió de Pontevedra a los catorce años.
El pasaporte revela, amarillento,
sus ojos grandes y su miedo.
Se escapaba de un padre escalofriante.
Salió de Pontevedra a los catorce años.
Allá quedaron las muñeiras y las jotas.
Acá no quiso saber nada de ellas.
Nada de nada.
Tanto no quiso saber
que hablaba como porteño.
Trabajó como burro.
Aprendió a los tumbos.
Amó este país.
Amó.
Trabajó.
Amó.
Amó.
Y se murió a los cuarenta y tres años.
Yo tenía cuatro.
Se llamaba Benigno.
Era mi padre.
Y a veces, todavía,
me canta "A Virxe de Guadalupe
cando vai pola ribeira...".
Porque no se olvidó.

Me subía

Me subía a sus enormes zapatos
para ver mejor,
y nos deslizábamos uno, dos, tres cuatro.

Me subía a sus zapatos
y era como una calesita contenedora
y dulce.

La risa venía fácil,
la música avanzaba
con la agria dulzura del jazz,
con la melancolía del tango,
con el ridículo compás del vals.

Los zapatos de mi hermano
que me enseñaba a bailar
eran la plataforma de mis sueños,
el olorcito a Aqua Velva
y el giro impensado de los cuadros,
los muebles, los espejos, los adornos,
los caireles cuando era feliz,
subida a los zapatos de mi hermano,
bailando.

La plaza

El tobogán llegaba al cielo.
Cuando subía la escalera, eterna,
siempre tenía una mariposa en el estómago.
Me sentaba allá,
arriba de la nube,
y me dejaba caer,
desmayada,
como las actrices
del cine de la otra cuadra.
Abajo,
la arena me hacía volver
a la realidad.
Y de nuevo me escapaba
para subir al cielo.



Le voy a advertir de una estafa.

Usted cree que esto que está mirando ahora es un libro. Todo lo que usted aprendió lo lleva a pensar que esto que tiene en las manos, es un libro. Usted es un bien aprendido pero mi deber como contratapa es decirle que esta vez, su conocimiento previo lo está estafando.

“Sin ir más lejos” se camufla de libro pero en realidad es la sortija para una vuelta más en la calesita de la infancia, esa que aunque tuviera caballos rengos nos llevaba más lejos que cualquier micro.

Es también una escoba que barre toda la pelusa del ombligo para ponernos en los zapatos del otro (y los zapatos aprietan y las medias dan calor y no está la vecinita de enfrente para tenernos locos de amor).

Es un perro callejero revolviendo la basura que escondemos abajo de la alfombra roja.

Un rompehielos del lago antártico del “arreglate como puedas”.

Un amigo que te abraza y te dice que de ésta salimos juntos o no salimos.

Usted piensa que es fácil, que es un procedimiento convencional y que ahora se guarda este libro en la cartera, en el bolso, en la mochila, llega a su casa lo lee, o en un arrebató de ansiedad se lo devora en el colectivo y listo.

Pero prepárese porque este botiquín de primeros auxilios es en realidad un desfibrilador despiadado que va directo a revivirlo.

Verónica Peñalosa

